

LA BANDERETA



Passos

Núm. 1.

Barcelona 24 Septiembre de 1891.

Año 1.

10 CÉNTIMOS

10 CÉNTIMOS



O seremos largos ni difusos para explicarlo.

Casi estábamos tentados de suprimir esa especie de prólogo á la obra que nos proponemos llevar á cabo; pero como todo buen edificio necesita de buenos y sólidos cimientos donde sentarse, nos creemos obligados á decir algo, á escribir unas cuantas líneas que nos den á conocer, sin andarnos por las ramas ni emplear frases huecas, como sucede á menudo, y que por lo vacías merecen servir de muestra en el portal de cualquier rapa-barbas.

Pues el motivo, lector amado, es sólo uno: procurarte algo que á la par que no ofenda tus bellos sentimientos, contribuya á proporcionarte ese alimento intelectual que, por medio de la literatura sana y del arte honesto, cultive tu buen gusto, no destruya tu educación moral; y no sea un peligro para la inocencia de tus hijas, la virtud de tu esposa y la buena opinión que de tí hayan formado tus amigos.

La publicación que hoy empezamos, presentada con todos los elementos que el arte y la tipografía nos ofrecen, en estos tiempos de progreso tan mal comprendido por algunos que creyendo prestarle culto, no logran sino avivar el fuego de las malas pasiones, escarneciendo lo más bello y por lo tanto lo más digno de admiración y respeto; nuestra publicación, decimos, será un álbum de trabajos escogidos, que lo mismo podrá saborear el más humilde obrero que necesita para distraerse de sus rudas tareas en las horas de reposo, de algo que recree sus ojos y halague su mente, como cautivar á la aristocrática dama en los momentos libres que la dejan sus ocupaciones benéficas, su labor entretenida y la educación de sus hijos.

Pretendemos hacer un semanario que no tenga que ocultarse como cosa de contrabando y que sin prevención pueda exhibirse por todas partes.

Como creemos que todavía no se ha perdido del todo la sensatez y el buen criterio, no dudamos que conseguiremos el fin que nos alienta, alcanzando la simpatía y el favor del público honrado que huye de todo lo que representa destrucción y licencia.

Como mucho de eso tiene que combatirse, hé ahí el motivo de nuestra publicación.

LA PANDERETA

LA PANDERETA saluda cariñosamente á todos sus compañeros en la prensa y al compartir con ellos las honrosas tareas periodísticas, no es su ánimo despertar ódios ni concitar envidias.

Sus fines quedan desarrollados en el primer trabajo del presente número y de ellos no se separará por nada ni por nadie, evitando inmiscuirse en cuestiones personales que no honran ni á vencedores ni á vencidos.

Reciban pues todos, sin distinción de opiniones ni de clases, el saludo que les dirige esta Redacción.

La Redacción de LA PANDERETA contristada por las catástrofes ocurridas á causa de las últimas tempestades, se asocia al dolor inmenso que han despertado en el corazón de todos los españoles las desgracias que actualmente afligen á distintos pueblos de nuestro suelo patrio.

Ante el desamparo de tantos infelices que se encuentran sin hogar y sin familia, esta Redacción une su humilde voz á la de la Caridad que hoy llama á todas las puertas.

Aunque el duelo será eterno en Consuegra, Almería y demás poblaciones inundadas, algo lo mitigará el hermoso espectáculo que presenta la nación española, aprestándose generosa á socorrer y consolar á los desdichados habitantes de aquellas poblaciones.

Enfermó de amor una señorita.

—Señora, dijo el médico, su hija no tiene cura.

—Yo la casaré con quien sea.

—¡Imposible! ¡Me ha confesado que está enamorada de catorce!

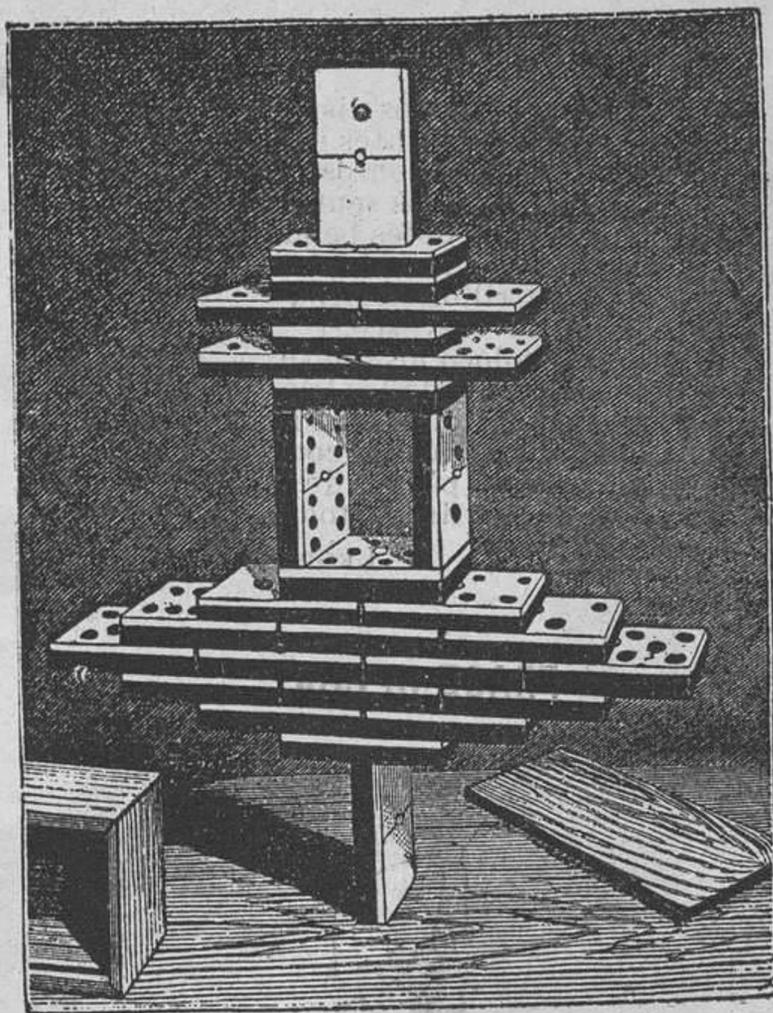
En Gracia ciertos *espiritistas* dieron una paliza de órdago á un infeliz anciano porque había metido, según opinión de los apaleadores, dos *malos espíritus* en el cuerpo de su nuera.

Naturalmente: no pudieron sufrir la competencia, porque ya lo dice el refrán: ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio, y mas cuando está poseído del espíritu belicoso.

Para poder representar la ópera *Lohengrin* en París, ha sido preciso arrestar á 1000 alborotadores.

Caso que estalle *aquello*, que no les incluyan en la vanguardia, porque al oír las cornetas alemanas se pasarían á retaguardia.

Experimento sobre los centros de gravedad.



El que vamos á describir es muy entretenido, puede ejecutarse con un dominó, cual se ve en la figura que presentamos. Trátase de sostener todas las fichas de un dominó sobre una sola en posición vertical. Para facilitar la construcción se colocan todas las fichas sobre tres verticales, dando así más estabilidad á la obra, y se quitan después las dos extremas de la base, colocándolas con mucho tiento sobre la cúspide del frágil monumento. El equilibrio subsiste mientras la vertical del centro de gravedad del sistema pasa por la base de sustentación de la pieza inferior.

Un carpintero entra en una tienda á comprar un metro. Ve algunos de diferentes clases, pregunta los precios y pareciéndole caros, dice:

—No me conviene. Estoy seguro que en la tienda de enfrente los encuentro más baratos.

—Es posible, responde el vendedor, pero es que nuestros metros son mucho mayores,

En el teatro del Tívoli fueron presos la otra noche varios sugetos por promover escándalo.

En cambio siguen representándose impunemente ciertas obras huérfanas de moral y de sentido común.

CHARADA, por Reyes.

Tres *prima* nombra mujer,
pronombre la *dos* denota,
y el *todo* debe tener
una persona graciosa.

El Gobierno trata de adquirir 200,000 fusiles, de ensayar la pólvora sin humo y de confeccionar doble equipo para los soldados.

¿Y luego se quejarán los industriales de que no se les protege? ¡Pues, si pedir más fuera gollería!

Y nos faltarían parques donde almacenar tanto género inútil.

UN SONETO Á MI MORENA.

Son, morena, tus ojos distingui	2
tus dientes son diamantes engarza	2
y solo por tus labios sonrosa	2
cualquiera perdería los senti	2
Parece están tus dotes bendeci	2
tus hermosos cabellos son riza	2
y tienes dos carrillos encarna	2
que parecen claveles escogi	2
A veces me coloco los queve	2
é imitando el papel de los beo	2
te admiro con pasión en tus reme	2
salada me pareces por los co	2
bonita me pareces por los de	2
y hermosa eres en fin, de todos mo	2

LEOPOLDO G. RAMOS.

FRASE HECHA.



CEMENTERIO DE GATOS Y PERROS

Trátase de dotar á París de un cementerio que no carecerá de originalidad: un cementerio de gatos y perros.

Ya se habla también de instalar en este cementerio un horno crematorio, reducción del de el Padre Lachaise, para la incineración de aquellos animales domésticos.

Los promovedores de esta idea hacen notar, con alguna razón, que es de conveniencia y de salubridad pública que no se arrojen á la calle los cadáveres de los perros y gatos, cuya exposición al aire libre puede ser germen de enfermedades para los habitantes de una población.

¿No ves las flores inclinar su tallo
á impulso de las auras,
mientras que bañan la corola altiva
en la corriente plácida?
¿No ves del sol los rayos seductores
y las tintas del alba?
¿No ves, en fin, la luna por la noche?
Pues... cómprate unas gafas.

TORTA DEL CIELO.



Se limpia y remoja una libra de arroz, se muele y se pone á cocer con seis cuartillos de leche, colada por un cedazo, con el azúcar necesario, y hasta el punto de manjar blanco; se cuece media libra de carne de puerco maciza y picada, y despues se vuelve á picar, se frien unos dientes de ajo, y el picadillo se echa en manteca, una poca de agua, canela, clavo molido, vino blanco cubierto, piñones, pasas deshuesadas, almendras y algunos bizcochos claros molidos, se unta una tartera tambien con manteca y se le polvorea un poco de bizcocho molido, se le pone una capa de leche, polvoreándole con más bizcocho, otra capa de picadillo con bizcocho, como la anterior, hasta que se pongan tres capas de leche y tres de picadillo en el orden expresado; la última capa ha de ser de leche, sobre la que se echa más bizcocho, y enseguida se pone entre dos fuegos mansos á cocer ó en el horno; luego que se haya cuajado, se pondrá encima azúcar y canela molida y se sirve fría.

Hallábase un periodista de visita en una casa, y se habló del periódico en que escribía, y del que había un número sobre la mesa:

—¡Cómo!—preguntó un caballero que se hallaba presente, hojeando á la vez el periódico:—¿escribe usted aquí?

—Sí, señor—contestó aquel—ese primer artículo es todo mío.

—¡Caramba!—repuso el caballero, mirándole con la mayor atención,—¡qué letra tan clara y tan redonda tiene usted! ¡si parece de imprenta!

CUENTO

En una modesta villa,
Cuyo nombre no diré,
Por razón de que ni aún sé
Si es de Aragón ó Castilla,

Vivió un mozo en poca edad
Más espigado que un tallo,
Que era en sus tiempos el gallo
De toda la vecindad.

Con su apostura bizarra
Ningún otro competía,
Y á los más fuertes vencía
En la lucha y á la barra.

¿Quién, bailando, su destreza
Supo exceder ni igualar?
Nadie: en Juan era el bailar
Segunda naturaleza.

Con esto y con una viña,
Cuatro solares y un soto,
Y tras rico, maniroto,
Era el coco de las niñas.

Digo mal: es condición
Humana que nunca yerra,
Que no haya cosa en la tierra
Que no tenga una excepción.

No lejos de nuestro Juan
Al mismo tiempo vivía
La linda Rosa María,
¡Bocado de mazapán!

Era la moza completa,
De mucho rumbo y donaire;
La habló Juan, sufrió un desaire,
Y Juan perdió la chaveta.

Hasta aquel momento, el mozo
No supo lo que era amor,
Perdió el sueño y el color
Y el apetito y el gozo.

Hubo, como es natural,
Rondas: ¡diligencia ociosa!
Nada pudo hacer á Rosa
Bajar de su pedestal.

Nada lograron los padres,
Codiciosos como viejos,
Ni aprovecharon consejos
Ni cábalas de comadre.

Las músicas fueron vanas,
Inútil fué la querella,
Todo lo oyó la doncella
Como quien oye campanas.

Ni el amor ni los placeres
Perturbaron su quietud.
¿Era sistema ó virtud?
¡Quién entiende á las mujeres!

Viendo que tales extremos
No mellaban su altivez,
Apeló Juan de una vez
A los remedios supremos.

Al mirarse hecho un retablo
De duelos, triste y sin calma,
Resolvióse á dar el alma,
Con horror lo digo, ¡al diablo!



Se desvela él trabajando
para su renta aumentar,
y ella la gasta, paseando
por las orillas del mar.

Creyendo alcanzar merced,
Su memorial, como es uso,
En un agujero puso,
Abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia,
Mas cuando el papel sacó,
¡Pobre mozo! se encontró
Con esta inícuca sentencia:

«¡No amala para él!
¿Rosita? ¿Rosa María?
Para mí la tomaría,

Y lo firmaba *Luzbel* »

Por fin se aclaró el arcano;
A otro día, aquella Rosa
Indeflexible, desdeñosa,
Huyó con un escribano.

Súpolo Juan, y exclamó
Remesándose el cabello:
—¡Estaba empeñado en ello!
Al cabo se la llevó.

A. GARCÍA GUTIERREZ.

SESIÓN ESPELUZNANTE



L sentarme una de las pasadas noches frente á la mesa-escritorio de mi reducido cuarto, para dar una ojeada á los periódicos del día, tropezaron mis ojos con un pliego en cuya superficie se leía mi nombre.

Como no es la curiosidad mi pasión dominante, dejé para luego enterarme de lo que contenía el sobre, suponiendo que sería alguna circular anunciándome el traslado de algún amigo ó la apertura de cualquier establecimiento que me importaría un bledo.

Concluido mi entretenimiento nocturno, me levanté para desnudarme y meterme en la cama y estaba ya dando fin á la primera parte de mi tarea, cuando me acordé del pliego que había quedado encima la mesa.

En el estado en que don Quijote sostuvo descomunal batalla con los pellejos de vino, fuí nuevamente al cuarto, cogí el sobre, lo rasgué y de su interior salió un pliego de papel doblado por su mitad. Era fino y lustroso, casi brillante; desdobléle y leí, estampado en letra española, lo siguiente:

Sr. D...

(Sin nombre para economizar tiempo y trabajo, sin duda.)

MUY SR. MÍO: *Tengo el gusto de invitar á V. á una velada experimental, científica y de hipnotismo, que, imitando á Mr. Onofroff, daré el próximo sábado día 13 del corriente, en el local del Jokey-Club, á las nueve en punto de la noche.*

Al mismo tiempo que le ruego me honre con su importante asistencia, le suplico tenga en consideración que soy un mero aficionado, y que por lo tanto solicito la indulgencia del público ilustre.

Con este motivo queda de V. affmo. A. y S. S.

Q. B. S. M.

Perico de los Palotes.



No firmaba precisamente ese fulano, pero merecía firmar semejante documento cualquier hijo de vecino que no hubiese asistido nunca á la escuela.—Si por la muestra se conoce el paño, dije para mis adentros, valiente noche van á pasar los que caigan en la tentación de ser *público ilustre*.

Y dejando otra vez el pliego donde lo había encontrado, cogí el quinqué, cerré el cuarto, maté la luz y me metí en la cama... no, me eché encima la cama, porque no me gusta meterme nunca en nada.

¿Creerá el lector curioso que aquella noche soñé algo? Pues, no, señor; dormí tranquilamente hasta que me despertaron para almorzar.

Maldito el caso que hago yo de semejantes paparruchas. Nunca he creído en ellas.

*
**

Pero llegó el *sábado día 13 del corriente*, como decía la invitación, y me hallaba cenando, con toda tranquilidad y rodeada la mesa por mi amable familia, cuando un moscardón negro y de mayor tamaño, casi marca mayor, puso en conmoción á mis chiquillos, á mi señora y á la criada y creo que hasta al gato que debajo la mesa esperaba la generosidad de los que cenábamos.

Después de un batiburrillo de algunos momentos y de haber desaparecido por donde había entrado el insecto imprudente, restableciendo la calma turbada en mi tranquilo hogar, seguimos la interrumpida tarea que nos reúne todas las noches alrededor de la mesa.

Pero de pronto me asaltó un presentimiento, algo como un aviso misterioso, cuyo heraldo fuese el autor del disturbio; me acordé de la fecha de tal día, dirigí instintivamente la mirada al reloj de pared que adorna el comedor y ví que señalaba las ocho y media.

Vacilé un momento llamando la atención de mi cara mitad que me preguntó si se me había atravesado alguna espina en el gaznate; levantéme limpiéndome con el mantel, mientras la tranquilizaba, y resuelto cogí el sombrero y salí á la calle.

¿Dónde iba? Ya puede presumirlo el lector: á ser *público ilustre*.

*
**

En efecto: el auditorio era numeroso: llenaba todas las sillas de la sala de espectáculos y los que tenían que permanecer de pié, se agolpaban á las puertas empujándose y adelantando la cabeza por entre el espacio que dejaban las de los demás interesados espectadores.

Y el caso no era para menos.

En el momento que me instalé en el sitio desde donde con grandes trabajos podía dominar con la mirada el escenario y la platea, un hombre, de frac, descubierta la cabeza, y los ojos vendados por un pañuelo blanco, discurría paso á paso por el corredor central, el cuerpo adelante, agitando los brazos como si nadase en el espacio y seguido de otro erguido, serio, caviloso, pero tan pegado al protagonista que casi formaban una sola pieza, es decir, una sola persona.

—¡Piense, piense! gritaba el experimentador con voz suplicante. Piense, no se distraiga...

—¿Dónde estará el *pienso*? me dije.

(Disimule el lector la mala interpretación que dí al verbo pensar.)

El hombre vendado, parecía sufrir una fuerte excitación nerviosa. Volvíase á la derecha, á la izquierda, desandaba lo andado, seguía otra vez adelante, siempre con los brazos extendidos, revolviéndolos en el vacío: luego parábase, se colocaba frente á frente del que le seguía; le palpaba el cuerpo, recorría con las manos trémulas desde el hombro hasta la punta de sus dedos y desprendiéndose de él con una sacudida, daba precipitada media vuelta, embestía nuevamente por el centro del pasillo, entraba en una fila de butacas, buscaba entre los que estaban sentados en ellas, y se detenía, gritando siempre:—¡Piense, piense! ¡No se distraiga! frente á una linda señorita, á la cual examinaba palpándola también pero con la suavidad que su diferencia de sexo permitía y exclamaba, quitándose el pañuelo de los ojos:

—¡Este es el asesino!...

—Qué lástima, murmuré: ¡una muchacha tan bonita!

Los aplausos del público, coronaron aquella declaración y me volvíeron á la realidad, porque yo lo mismo que el *público ilustre*, me había sentido ansioso, subyugado, por aquella escena misteriosa.

Subió nuestro hombre al escenario y pasándose la mano por la frente como si tratase de quitarse un gran peso de la cabeza, nos espetó estas ó parecidas palabras:

—Señores: el experimento es difícil como ven Vds., pero tengan un poco de paciencia: háganse cargo de que soy un simple aficionado. Ya he encontrado la víctima y el asesino: ahora me falta descubrir el arma homicida. Haga V. el obsequio, dijo dirigiéndose al que hemos visto le seguía, de vendarme otra vez los ojos y luego no se aparte de mí, pero siempre pensando en el arma que debo buscar y en el sitio donde está oculta.

Se hizo lo que indicaba, bajó del escenario y al encontrarse en el pasillo, repitió los mismos detalles que dejo escritos, hasta que se dirigió al piano, se agachó y sacó de

debajo un abanico que figuraba ser el instrumento con que se había cometido el fingido homicidio. ¡Aquello era maravilloso!

*
* *

El hombre estaba fatigado y nervioso, sudaba como un carretero.

Suplicó que subiesen al escenario algunos concurrentes y combinasen un plan para luego él descubrirlo en todos sus detalles.

Se presentaron tres, entre ellos un aficionado á la prestidigitación que no falta nunca á estas funciones y cuyo objeto es poner siempre en ridículo á los experimentadores.

Salió del salón el héroe de la velada, conferenciaron los tres y una vez puestos de acuerdo, le llamaron, colocáronle el pañuelo ante los ojos, fuese uno detrás pisándole los talones y empezó el nuevo experimento... el que tuvo también el éxito más ruidoso.

Verdaderamente aquel mero aficionado, merecía ser nombrado *capitán ó doctor*, pues todos son capitanes ó doctores los que se dedican á esa clase de espectáculos.

Pero todavía faltaba dar fin al programa de la función.

¿Han asistido mis lectores á una sesión de hipnotismo? Han visto alucinar á algunas personas, convertirlas en autómatas que ejecutan cuanto quiere el hipnotizador, colocándolas en las posiciones más difíciles, como figuras de cera?

Pues en esto consistió esta parte del espectáculo.

A la invitación que hizo al público para que fuesen á las tablas los que no tuviesen reparo en prestarse á ser hipnotizados, se llenó el escenario de concurrentes: unos conocidos de la sociedad que ocupaba el local; otros completamente desconocidos; pero una particularidad observamos la mayoría de los espectadores; de los conocidos ninguno fué buen sugeto, buenos sugetos como á honrados y jóvenes de todas prendas, sí que lo eran, pero no tenían condiciones para ser experimentados, porque para ello, según el protagonista de aquella velada, se necesita poseer una naturaleza especial, esto es, nerviosa, predispuesta á alucinarsé, á *dormir* y por lo que se ve los más íntimos eran todos gente muy despierta, al contrario de los desconocidos que resultaron ser personas sensibles como micrófonos, y que se dormían tan solo les fijaba la mirada el hipnotizador.

Con organismos tan emocionables naturalmente que la última parte del espectáculo resultó brillantísima para el *primer actor*, pero grandemente espeluznante para el público. Hasta una hermosísima joven, con solo acercársele el mero aficionado por las espaldas, quedó dormida y luego colocándosele aquel de frente, acercándole un bonito *bouquet* de flores, la hizo levantar de la silla y se la llevó al escenario.



Después convirtió en cataléptico á uno de los buenos sujetos; le colocó extendido entre dos sillas, apoyándose únicamente con la cabeza y los piés; luego quiso clavarle alfileres en los brazos para que el público acabase de convencerse que todo aquello no era fingido, pero el público ilustre no lo consintió dándose por satisfecho y convencido de la verdad de los experimentos.

*
**

Los más amigos rodearon al Doctor en cienes; le felicitaron, le tributaron justos y merecidos elogios... y cuando nos disponíamos á abandonar el local, en un ángulo del salón oímos una voz de chiquillo que gritaba:

—Señores, señores, mi madre está hipnotizada; no responde á mis palabras...

Nos acercamos para enterarnos de lo que sucedía... En efecto: una señora ya anciana se hallaba recostada en la silla, inmóvil y... roncando: se había dormido efectivamente, pero con el sueño de los justos y de los inocentes, que nada tiene que ver con el hipnótico.

Al salir á la calle encontré á mi amigo el prestidigitador que siempre acepta la invitación de sus cofrades para ponerles en apuros delante la concurrencia.

—Vamos, le dije, no me negarás que el espectáculo ha sido interesante y hermoso. La ciencia no tiene límites...

—En efecto: sería todo eso si fuese verdad.

—¡Cómo se entiende! Te atreverás á negar...

—Pues es claro! Los hipnotizados no pestañean y todos los que han subido al escenario han desempeñado muy mal su papel. Abrían y cerraban los párpados sin duda porque la luz que les pegaba de lleno les dañaba...

—*Tableau*, dije. He aquí todas mis ilusiones perdidas. ¡Oh, público ilustre!

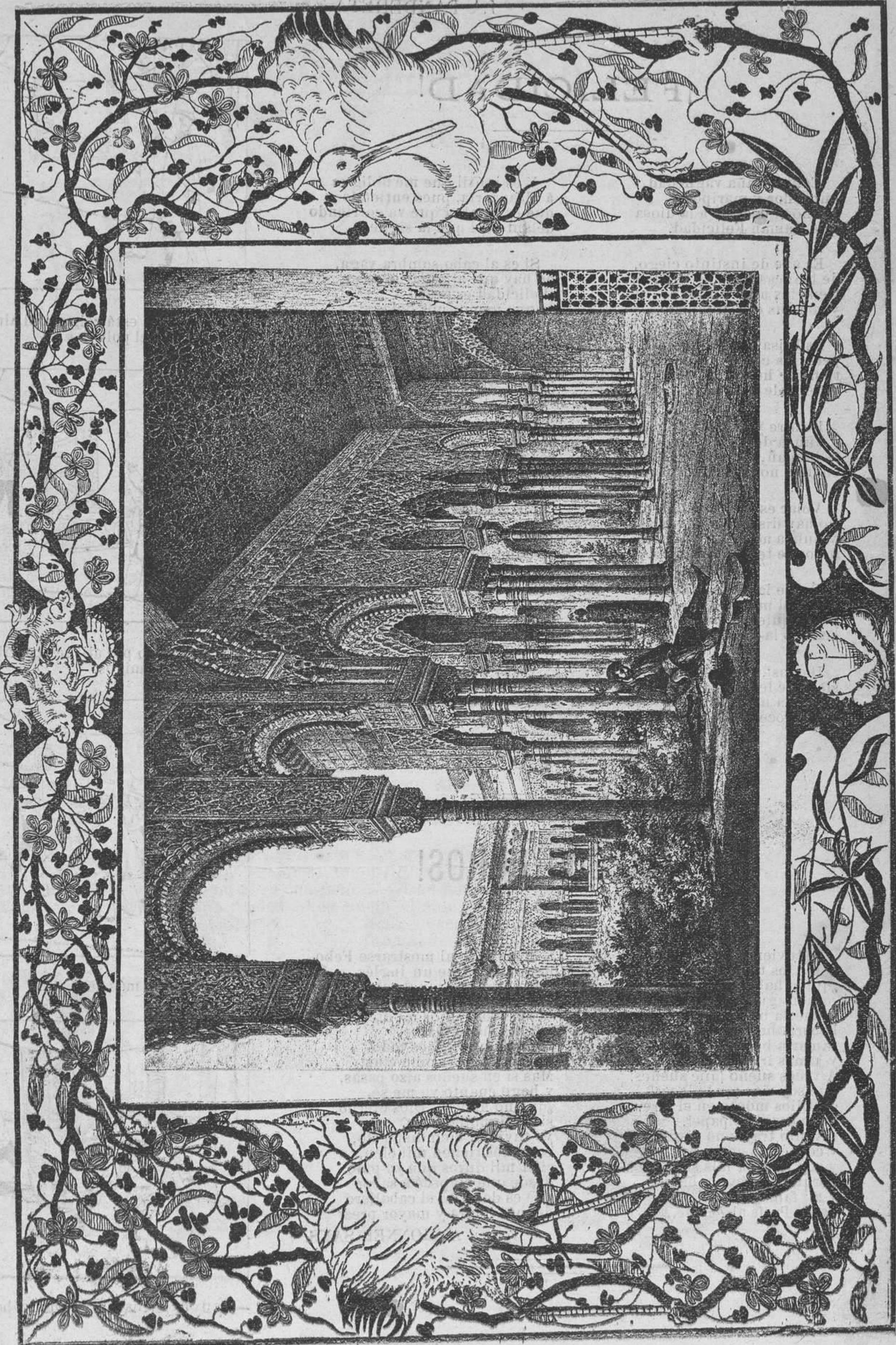
TOMÁS DE VILLANUEVA.



Traje de Tabacalera, que esta va á poner de moda para que nadie desprecie el tabaco que elabora.



Vestido de excursionista que adoptarán, dentro poco, las pollas, para ir en busca de su codiciado novio.



Patio de los leones en la Alhambra de Granada.

¡FELICIDAD!

Con extraña vaguedad,
entre flor y mariposa,
formó el destino á la diosa
que llaman Felicidad.

Es ave de instinto ciego,
de blancas plumas rizadas;
tiene las alas doradas
y son sus ojos de fuego.

Es brisa que el corazón
perfuma con su fragancia:
tiene de hembra la inconstancia
y tiene de hombre el tesón.

De aire y de luz se mantiene
y nunca detiene el paso:
la llaman, y no hace caso:
cuando no la llaman, viene.

Volar es su loco anhelo:
no hay distancia que la asombre,
y nunca adivina el hombre
á donde tendió su vuelo.

Desde la cima á la falda
cruza el monte diligente,
y hay quien la busca de frente
cuando la tiene á la espalda.

Inconstante y pasajera
siempre lejos se divisa.
¡Y hasta hay hombre que la pisa
sin conocerla siquiera!

Y es inútil que me obligue
á alcanzarla, pues entiendo
que es sombra que va corriendo
delante del que la sigue.

Si es al cabo sombra vaga,
no hay que aligerar el paso:
¡Felicidad es acaso
lo que menos nos halaga!

La pena, la adversidad
que suspiramos con creces...
¡Hasta una lágrima, á veces,
es nuestra felicidad!

¿A qué correr sin reposo,
si le basta al corazón
con hacerse la ilusión
nada más de que es dichoso!

Luz apenas perceptible
sin motivo nos inquieta:
¡se la quiere por coqueta,
se adora por imposible!

En vano en su ceguedad
vuela el alma presurosa
detrás de esa mariposa
que llaman Felicidad.

Acaso buscamos locos
lo que más tarde nos hiere.
Es feliz todo el que quiere,
pero... ¡queremos muy pocos!

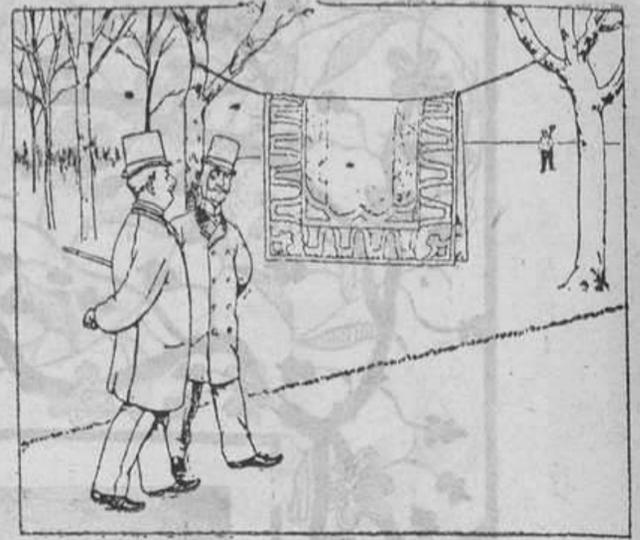
José JACKSON VEYAN.

¡100,000 DUROS!

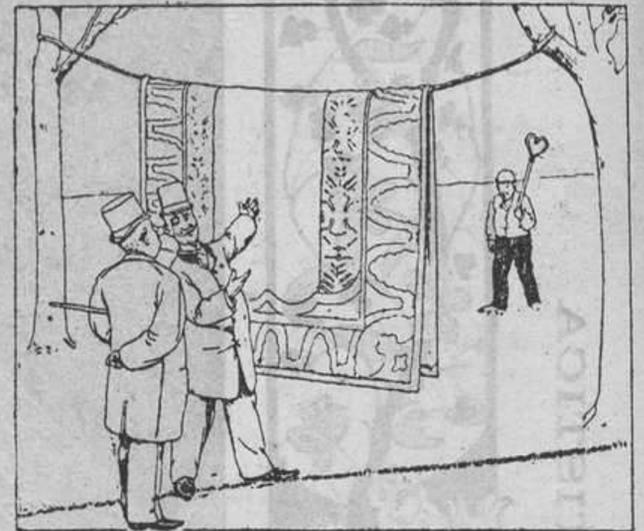
Si tuviera cien mil duros
como los tienen mil cien,
¿quién hablarme á mí podría?
¿quién igualarme? Ni el Rey.
Comería buenos pollos,
bebería buen ojen,
fumaría buenos puros,
y jamás iría á pié.
A veces sueño ¡qué sueños!
que soy rico ¡qué placer!
castillos monto en el aire,
hago casas de papel,
invento trajes no vistos
y coches de *nouveauté*,
y soy feliz en mis sueños
porque me regalo bien,
y mi fama corre el orbe
desde París al *Perché*.

Mas ¡ay! que al mostrarse Febo
más rubito que un inglés,
á la voz de mi muchacha
que me dice son las seis,
despierto y adios mi dicha,
adios soñado placer,
adios fama y adios todo
que soy pobre como cien.
Mas si en sueños alzo casas,
y hago cuanto yo me sé,
¿qué no hiciera, Dios eterno,
si por ignoto poder,
yo tuviera, bien despierto,
como los tienen mil cien,
cien mil duros que yo pido
desde que empecé á saber
que es don Din el caballero
de más honra y mayor prez?

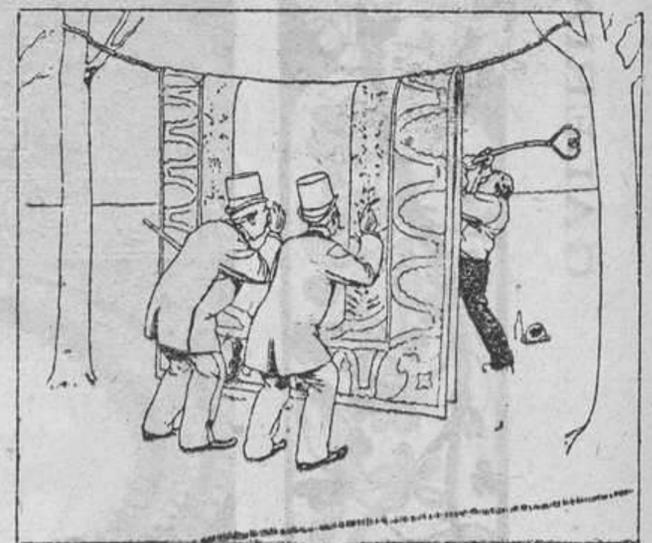
A. MONNER SANS.



La alfombra está colgada al aire libre
para quitarle el polvo.



Y paseando por allí se aperciben de
ella los dos amigos.



¡Qué trabajo más perfecto!



—Uy uy uy!— Dispensen Vds., caballeros!

UNA LAGRIMA



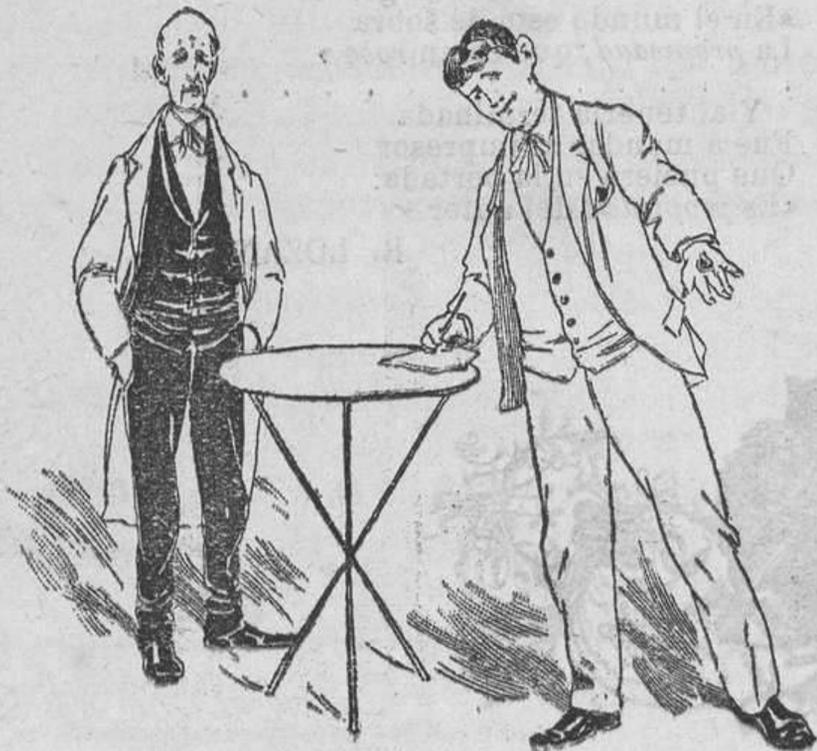
RA mi novia, y reñimos por no sé que chiquillada. De esto hace ya muchos años. ¡Cómo que yo no pensaba en novias todavía! Reñimos... y ella se echó a llorar. ¡Qué hermosa estaba llorando!... Sus lágrimas brotaban una á una de aquellos ojos azules y esplendorosos como un cielo. Parecía una lluvia de primavera. Con vergüenza lo digo: me enternecí de tal modo, que estuve á punto de proponerle una transacción; casi me dieron intenciones de enviarme un beso, á manera de parlamentario... Yo no sabía entonces lo que eran las lágrimas; figurábame que aquel líquido que derramaban los ojos á impulso de una gran pena, era la misma pena desleída; una especie de transformación de aquel mismo sentimiento, que hartado de verse encerrado en el alma, ó donde fuese—yo no me metía ya en tales honduras,—se salía al exterior para tomar el aire. Y tanto más me confirmaba en esta idea, cuanto que había llegado á saber que muchas penas se calman ó desaparecen con el llanto. Resistí, pues, como un héroe,

los vehementes deseos que me asaltaban de firmar las paces con mi novia, aplazándolo para más tarde.

Con toda la crueldad de un mata-moros ó de un caníbal, me separé de la pobre muchacha, cuidando, eso sí, de llevarme á hurtadillas una brillante gota de aquel dolor materializado.—¡Ah, ladrón!—me decía la conciencia por lo bajo;—deja esa lágrima en su sitio; déjala en aquella mejilla, para que semeje el pétalo de una rosa salpicada de rocío...—(Advertiréis que mi conciencia tenía un modo de expresarse como cualquier poeta de agua-chirle). Pero ¡qué había yo de abandonar la lágrima!... Me dirigí con ella á casa de un afamado espiritista, y le dije:—«Amigo mío: ¿tiene V. la bondad de mandarle un recadito á cualquier químico de los que se hallan en el otro mundo?... No me sirven los vivos, porque tal vez divulgarían nuestra conferencia y eso no me conviene. — Al momento,—me contestó el brujo, y procedió á hacer evocaciones y otras hechicerías que me pusieron los pelos de punta. Al poco rato, un velador que había en aquella pieza, principió á bailar por sí solo, como si le hicieran cosquillas.—«Ya tiene V. aquí al espíritu de Fourcroy,—me dijo el espiritista; y con una sagacidad y delicadeza que nunca alabaré lo bastante, abandonó la estancia.



Me pareció una tontería preguntarle á un espíritu por la salud, así es que sin cumplidos de ninguna especie, aunque con respeto, me dirigí á Fourcroy, diciéndole:—«Aquí traigo una lágrima; ¿podrá V. decirme de qué se compone?...—Una pequeña ráfaga de aire, un débil aliento vino á chocar contra mi frente, y deslizándose hacia el oído, sentí que alguien murmuraba:—«Toma un lápiz y escribe.»—Hícelo así, y mi mano llevada por una fuerza desconocida, llenó de garabatos el papel.—«El principal elemento de las lágrimas, es el agua...»—Este primer descubrimiento me desconcertó... ¡Mi novia lloraba agua!... ¡Tanto valdría haberme enamorado de una fuente de vecindad!...—«Esa agua lleva en disolución una sustancia animal, llamada *mucus*...» Hice un gesto de desagrado. En unos amores románticos, el *mucus* desempeña muy desairado papel.—«... un poco de sosa; fosfato de idem...»—Dispéñeme V., le dije al espíritu; ese *idem* es un producto químico que no conocía.—«Me refiero al fosfato de sosa.—¡Ah!...—Fosfato de cal; sal marina...»—Eso sí; sé por experiencia que las lágrimas de mi novia tienen sal. Adelante... Pero el lápiz no corría; quiero decir que Fourcroy callaba.—Prosiga V., repetí.—Igual silencio por parte del espíritu.—Pero ¿y el dolor?—pregunté no dándome por vencido.—¿No querrá decirme cuántos átomos de dolor navegan en esa agua, en amigable compañía con el *mucus*, la sosa, la sal marina y los fosfatos?... ¿No se llora de pena?... ¿No se llora de placer?... Pues ¿qué diablos—y perdóneme el espíritu—tienen que ver la cal, ni la sosa, ni la sustancia animal,



con aquellas sensaciones?... Vamos, ¿quiere V. decirme qué parte de pena hay desleída en esta lá-

grima?... Una regla de proporción me enseña cuanta dosis de sentimiento contiene todo el llanto de esa mujer.—Hecha la pregunta, esperé dos minutos, tres, cinco... ¡Era para desesperarse!... El químico callaba como un muerto. Me salí á la calle, dado á todos los espíritus, y con la lágrima en el dorso de la mano, me dirigí á casa de mi novia.—Te he robado una lágrima,—le dije;—yo creí que me llevaba *algo*, pero ¡qué decepción!... ¿Sabes lo que lloras, ingrata?... Pues lloras agua y... etcètera, etc., etc. Le repetí todo lo que me había dicho Fourcroy.—Toma tu lágrima.—Alargué la mano, pero en aquel instante, un rayo de sol que escondido en el repliegue de una nube nos acechaba, acudió sediento, bebiéndose aquella gota de rocío.—¡Cómo!—exclamé admirado;—¿luego Fourcroy se ha reído de mí?... Tú debes llorar néctar, porque Apolo se ha bebido tu llanto.—(Entonces estaba yo muy fuerte en Mitología.)—De todos modos,—continué,—yo no quiero néctar, ni agua, ni sales, ni fosfatos; todo eso será muy bueno para un dios del paganismo ó para un boticario, pero no para mí, que soy tu novio, que te quería con toda mi alma (y que aún te quiere, añadí muy bajito), y que te daba amor por amor, y penas por penas, y alegrías por alegrías... Guárdate tu sal marina, y adios...—Dí dos pasos para alejarme de ella y me paré; volví involuntariamente la cabeza; la contemplé un momento. El agua y los fosfatos continuaban saliendo á borbotones de sus ojos.—No, no te quiero,—le dije.—Ni yo á tí,—me contestó. Anduve un poco más; volví á pararme... Yo no sé que cosa, *algo* indefinible, me subió del corazón á la garganta, amenazando ahogarme... Yo creo que fué pena. Sentí calor en los ojos, y una gota ardiente como plomo derretido, surcando mi mejilla, fué á caer en mi mano. Sin darme cuenta de ello, estaba otra vez delante de mi novia.—Anda,—me dijo ella al oído;—llévale esa lágrima á Fourcroy...—No,—le contesté, me diría que era agua, y sal, y fosfatos...—¿Pues qué es?—Es... Mira, va á salir el sol, pero lo que es esta vez, te juro que no me pilla desprevenido, y que sus rayos llegarán tarde al festín.

Y á imitación de Apolo, bebí el dulce néctar en la copa misma en donde rebosaba.

*
* * *

No me canso de repetir que estos dimes y diretes con mi novia, los tuve hace ya mucho tiempo; cuando yo usaba novia, y melena, y lágrimas, y versos sentimentales á diario... Hoy, yo mismo no me conozco; he suprimido la novia, y la melena, y las rimas... Sólo conservo el llanto, con la esperanza de encontrar un socio capitalista, que me ayude á explotar la sal marina y los fosfatos que hay en disolución en las lágrimas.

Confieso con franqueza que no puedo alabarme de haber inventado esta *industria*. ¡Hay tantas gentes que al enjugar las lágrimas del prójimo procuran quedarse con ellas para hacer su *negocio*!

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

EL ATEO

Rico, robusto, al parecer dichoso
Cansado de reir y de gozar,
Con acento soberbio y orgulloso
—¡No hay Dios!—le oí gritar.

Pálido, demacrado y harapiento,
De uno que fué su igual marchando en pos,
Le he escuchado decir con triste acento:
—¡Una limosna por amor de Dios!

R. SOLANO.

CONSECUENTE

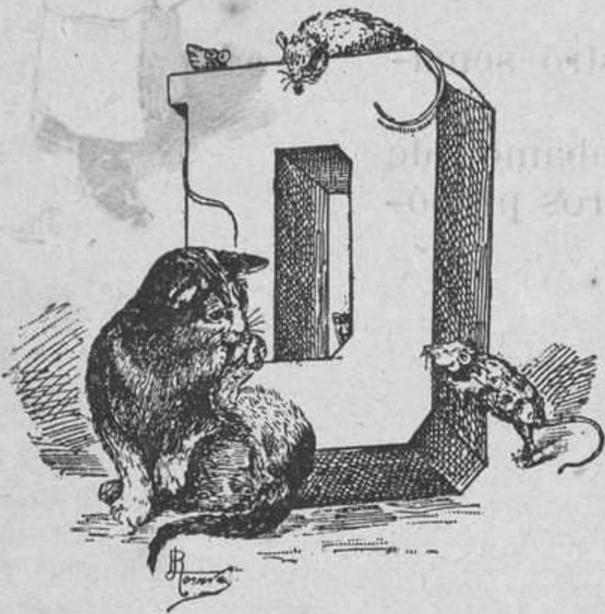
Proudhon escribió una obra
Cuya substancia era, en globo:
«En el mundo está de sobra
La propiedad, que es un robo.»

Y al tenerla terminada
Fué á mandar al impresor
Que pusiera en la portada:
«Es propiedad del autor.»

R. LOZANO.



LA PANDERETA



IFÍCIL sería investigar el origen del instrumento musical con cuyo nombre bautizamos este periódico, y la etimología de la palabra escogida para designarlo. ¿Qué conseguiríamos con ello? Quizá desilusionar á algunos que por patriotismo exagerado quieren que la pandereta sea exclusivamente española... que si no lo es, merece serlo.

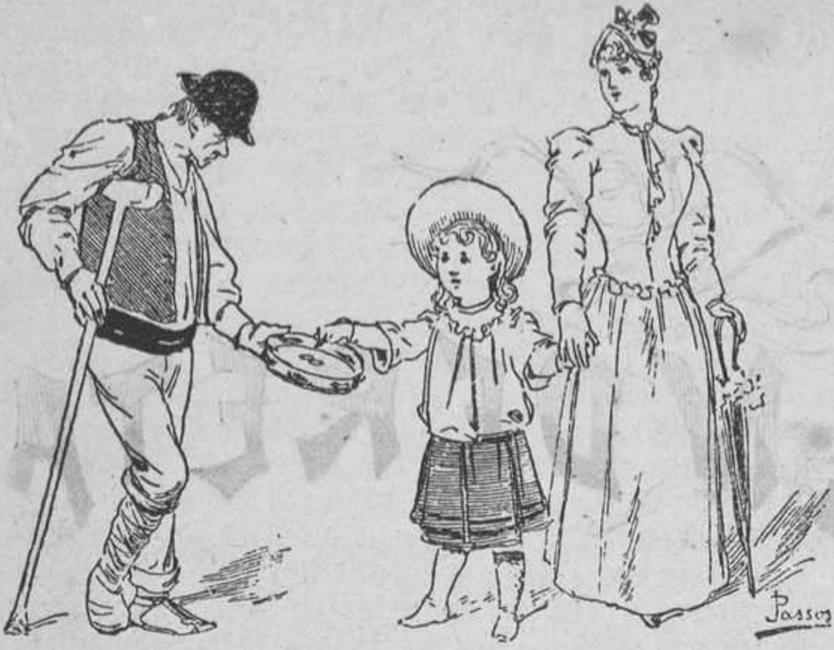
Porque, yo que he recorrido los valles de los honrados castellanos viejos; las montañas de los laboriosos vascongados y las llanuras del fértil Aragón; que me he entusiasmado con las sencillas y patriarcales costumbres de aquellos invictos pueblos; que he presenciado sus diversiones domingueras, sus romerías anuales y sus expansiones íntimas y familiares, me he convencido de que la pandereta es el alma de todas ellas, así como por otra parte la gaita lo es de los gallegos; la guitarra de los andaluces; la bandurria de los valencianos y la dulzaina y el tamboril de los catalanes.

Pero aunque cada pueblo tiene su instrumento predilecto que armoniza perfectamente no tan sólo con el carácter de la raza, sino hasta con el terruño que alimenta sus cuerpos y el cielo que nutre sus almas, la pandereta se ha extendido desde el Oceano al Mediterráneo y desde Cádiz hasta los Pirineos, generalizándose como todo lo que llega á hacerse algo popular.

Y la pandereta es de lo más popular que tenemos los españoles.

La pandereta representa la alegría; manejada por manos hábiles encierra un mérito particular que admira y entusiasmo á los que contemplan al que la golpea y agita evolucionando con la mayor lijereza. En poder de las muchachas que con ella acompañan sus cantares para que las demás compañeras bailen la jota y la gallegada, bajo las ramas de las vetustas encinas que sombrean la plaza del pueblo, se convierte en un raudal de poesía que conmueve dulcemente nuestros sentidos. Su forma se presta á recoger el óbolo generoso que los transeuntes compasivos entregan á los infelices que recorren nuestras calles solicitando una humilde limosna, y todos recordamos, sino





sencillo, y su aró deslucido, sus platillos empañados, su piel floja y ennegrecida por el roce de los dedos, su ruido seco como la voz que arranca el dolor, encarnen la tristeza y la miseria de su dueño, engalanada con lazos y cintas de colores, con sartas de cascabeles y con dobles juegos de platillos de metal sonoro y brillante y tendreis en ella el emblema del jolgorio y de la danza y la compañera inseparable de nuestros alegres bailes nacionales.

Por eso la hemos escogido para título de nuestro semanario.

Por eso considerada bajo los aspectos con que acabamos de hacer su elogio, encierra la primordial idea de nuestros propósitos.

¡Viva la pandereta!

por haber sido testigos de ello, por haberlo leído en las crónicas de nuestras costumbres añejas, que la pandereta era el alma de aquellos grupos de jóvenes alegres y vivarachos, que en tiempo de vacaciones salían de las Universidades para correr la tuna ó pasear á la ventura algunas provincias de la nación española en comitivas musicales y que tanta celebridad alcanzaron bajo el nombre de estudiantinas.

Y aunque la pandereta en manos de un pobre sea un instrumento humilde y



EPIGRAMA

Un chato muy presumido
llamó á otro *narizotas*,
y éste dijo:—Ya quisieras
tener los que á mí me sobran.

V. RUIZ AGUILERA.

Poli, célebre químico italiano, presentó á Luis XIV una sustancia más explosiva que la pólvora.

El rey presenció las pruebas y alabó el invento, pero recomendó al inventor que guardase su secreto, porque los hombres tenían ya suficientes medios para destruirse.

No es mala lección para los que en estos modernos tiempos andan á caza de sustancias cada vez más destructoras.

el término medio de la vida de los sacerdotes sesenta y cinco años.

Por el contrario, el médico es quien tiene existencia más corta. El término medio es de cincuenta y seis años; de 100, sólo 24 llegan á la edad de 70 años.

Después del sacerdote, el agricultor es el hombre que goza de vida más larga. Aunque su trabajo es rudo, su sobriedad es grande, y puede conservar sus fuerzas y su energía durante largo tiempo.

Vienen después, en escala descendente, los comerciantes, los industriales, los empleados, los militares, los abogados, los artistas y los profesores, hasta terminar en los médicos como hemos dicho.

Es de notar que los militares, si no son muertos en los campos de batalla, viven más que los abogados, los artistas, los profesores y los médicos.

Resultado: la gente que vive menos es la que lleva vida más agitada y se ocupa en excesivos trabajos intelectuales.

—Cuál es la P más peluda?

La P-luca.

—Y la más alegre?

La P-tenera.

—Y la que más entristece?

Lo P-na.

—Y la más disputada?

La P-seta.

—Y la más perniciosa?

La P-reza.

—Y la más redonda?

La P-lota.

—Y la más acariciada?

La P-queña.

—Y la más baja?

La P-ana.

—Y la más graciosa?

La P-pa.

—Y la más ruidosa?

La P-lotera.

—Y la más mala?

La P-sima.

—Y la más infeliz?

La P-cadora.

A un individuo á quien después de haberle dejado limpio de cuartos, le arrimaron unos *cacos* sendos palos, le preguntaba su mujer:

—¿De dónde vienes á estas horas, bribonazo?

—De ahí bajo, donde he tenido un buen rato de *palique*.

CONSEJOS. — Cuando seas insultado, párate cinco minutos, después contesta.

—Piensa bien hoy lo que has de hacer mañana, y no dejes para mañana lo que pienses hacer hoy.

—No confíes á otro lo que tú puedes hacer.

—No seas miserable pero sí económico: el miserable siempre es ridículo, el económico siempre es apreciado

—Nunca se abran tus labios para tu elogio; espera que te elogien los labios de otros.

—Si quieres saber lo que vales, gradúalo por el número de tus émulo.

—La envidia es sarna incurable entre individuos de una misma profesión.

—Escapa de entre pobres enriquecidos y plebeyos ennoblecidos, pero con precaución para que no reparen en tu desdén.

—Sabe hacerte superior á la soberbia, y serás grande.

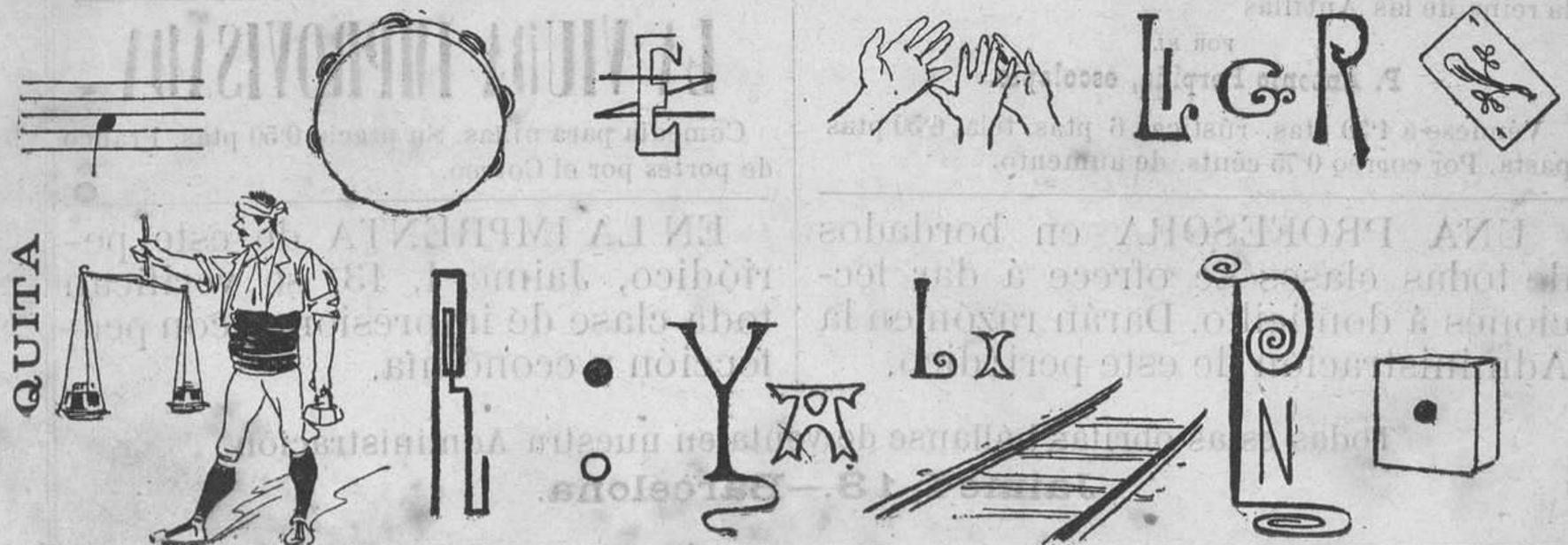
—El que habla mal de algún amigo es porque le debe algún favor.

—El que habla mal de una amiga es porque no le debe ninguno.

DURACIÓN DE NUESTRA VIDA

Los eclesiásticos son las personas que viven más años, debido sin duda á lo morigerado de sus costumbres. De 100, llegan 42 á setenta años, siendo

JEROGLIFICO.



LA MARGARITA EN LOECHES

**Antibiliosa, antiherpética, anties-
crofulosa,
antisifilítica y reconstituyente**

Según la *Perla de San Carlos*,
Dr. D. Rafael Martínez Molina, con
esta agua se tiene la salud a do-
micilio.

En el último año se han vendido
más de cuatro millones de purgas

La clínica es la gran piedra de
toque en las aguas minerales, y
ésta cuenta 42 años de uso gene-
ral y con grandes resultados para
las enfermedades que expresa la
etiqueta.

DEPÓSITO CENTRAL:

Jardines, n.º 15, bajo, derecha,
MADRID

Y se venden también
en todas las farmacias y droguerías

LA PANDERETA

SEMANARIO LITERARIO Y FESTIVO

ilustrado con profusión de dibujos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	CUBA Y PUERTO-RICO	REPÚBLICAS AMERI- CANAS
Un semestre. 2'60 pts.	Un semestre. . 3 pts.	Un semestre. . 4 pts.
Un año. . . 5'20 »	Un año. . . . 6 »	Un año. . . . 8 »

Número suelto: 10 CÉNTIMOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Librería de Montserrat, de Juan Roca y Bros,

Calle Jaime I, 13.—BARCELONA.

LOS ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES

CUADROS AL FRESCO

por León Abadías y Santolaria.

Forman un regular tomito, con una bonita cubier-
ta, siendo su precio 0'50 ptas. ejemplar. Los pedidos á
su Autor, Jardines de la Agricultura, 8, Córdoba.

LA HUÉRFANA DE LEPANTO

Esta novelita, de la que se han hecho innumerables
ediciones, véndese á 1 peseta. Por el correo medio real
de aumento.

LA VENGANZA DE UN JUDIO

Preciosa novelita escrita por el abate G. Guevin
siendo su precio 1'50 pesetas encuadernada. Por el co-
rreo medio real de aumento.

EL CAMAGÜEY

*Viajes pintorescos por el interior de Cuba y por sus
costas con descripciones del país.*

Obra literaria á la par que moral sumamente útil á
la juventud, é interesante para todos los amantes de
la reina de las Antillas

POR EL

P. Antonio Perpiñá, escolapio.

Véndese á 4'50 ptas. rústica, 6 ptas. tela, 6'50 ptas
pasta. Por correo 0'75 cénts. de aumento.

UNA PROFESORA en bordados
de todas clases se ofrece á dar lec-
ciones á domicilio. Darán razón en la
Administración de este periódico.

Todas estas obritas hállanse de venta en nuestra Administración

Jaime I, 13.—Barcelona.

DICCIONARIO GENERAL

DE LA

LENGUA CASTELLANA

por Don Lorenzo Campano

Forma un abultado volumen, siendo su precio
5 ptas. y se enviara por el Correo certificado.

PLANO DE BARCELONA

El más completo de todos los publicados. Vénde-
se á 1'50 ptas. Por el Correo 0'25 ptas. de aumento

MANUAL COMPLETO DEL SISTEMA MÉTRICO

por D. PABLO PLANAS, Abogado.

Esta obrita de suma utilidad, véndese á 1 peseta.

HISTORIA

DEL ZAPATERO BANDARRA

por el Dr. Refilando

Novela de costumbres. Su precio 1 pta. Por el
Correo 0'25 ptas. de aumento.

LA VIUDA IMPROVISADA

Comedia para niñas. Su precio 0'50 ptas. Franco
de portes por el Correo.

EN LA IMPRENTA de este pe-
riódico, Jaime I, 13, se verifican
toda clase de impresiones con per-
fección y economía.